

# El nuevo nacimiento

Por Daniel Del Vecchio

**Lugar:** Miami, (Florida). Conferencias.

**Fecha:** 14 de abril de 2002

*“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. (Juan 1:10.13)*

El nuevo nacimiento es el comienzo de la vida espiritual, no es el final. Es el principio de una larga andadura antes de llegar al cielo. El que no nace de nuevo no puede ver el Reino de los cielos. La Biblia en *1ª Pedro 1:23* nos dice: *“Siendo renacidos no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”*.

Si naces solamente una vez, morirás dos veces, pero si naces dos veces y permaneces en el Señor, nunca morirás. Cada persona que ha nacido de nuevo espiritualmente, no por voluntad de los hombres, no por la naturaleza carnal, es hecho un autentico hijo de Dios engendrado por el poder del Espíritu Santo. La Biblia dice claramente que Dios no tiene nietos, cuando nos enseñó a orar no nos dijo, decid: *“Abuelo mío, sino Padre nuestro”*. Pero ¿qué quiere decir eso? ¿qué pasa en el espíritu y en la vida de la persona?

*“Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros...” (Juan 1:14)*. El Verbo se hizo carne por la virgen María. El ángel se le presentó y le dijo: *“El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Más ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras...” (Lucas 1: 28.29)*. Cuando Dios te habla por primera vez, lo que debe ocurrir es que te despiertes y te asuste pensar en la eternidad, en tu futuro, en el infierno. Necesitamos ser sacudidos.

El pecador pasa por tres etapas. En un principio, está dormido y espiritualmente muerto. *“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.” (Efesios 2:5)*. Se le predica el evangelio, se le da una Biblia, comienza a leer, a orar, a asistir a la iglesia, canta las alabanzas, pero no está convertido, solamente está espabilándose.

Entonces, desgraciadamente, los pastores hacemos el llamado sin haberles explicado el precio. Preguntamos: ¿cuántos quieren recibir a Cristo? Y ellos piensan: ¿por qué no, si me beneficia? Me cuidan, me sanan, me bendicen, si doy ofrenda prosperaré, me prometen el cielo y mientras tanto

hago con mi vida lo que quiero. Y así creen aceptar a Cristo. Pero eso no es aceptar a Cristo. El Señor dice: “El que no renuncia a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo”. Significa que hay que renunciar al derecho de hacer lo que nos da la gana con nuestra vida, con el dinero y con todo lo que se posee. El que no renuncia a este derecho sobre lo que Dios le ha dado, no entrará por la Puerta.

Entonces, ¿cuál es el precio?, ¿cuánto cuesta? El joven rico fue a Jesucristo y le preguntó: “*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?*”. (Marcos 10:17). El Señor le preguntó: “¿Cuánto tienes, eres rico, tienes poder, fama, posesión?” “*Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz*”. (Marcos 10:21)

El joven se fue muy triste y aunque era un hombre sincero y bueno, se marchó por no querer tomar su cruz (que es parte del requisito) y pagar el precio. Jesús amó a este joven, pero le dejó irse. No le dijo al discípulo Pedro: “Por favor, no dejes que se vaya, porque es rico y puede dar diezmos a la iglesia”. Erróneamente creemos que el Señor, porque nos ama, nos aprueba en todo.

Cuando el apóstol Pedro predicó el evangelio en Jerusalén, después del día de Pentecostés, los que escuchaban comprendieron que eran responsables de la muerte de Jesucristo a quien habían crucificado. La Biblia nos dice: “*Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?* (Hechos: 2.37). Es decir, que se sintieron profundamente conmovidos y es esto de lo que carecen todas las iglesias actualmente. No hay convicción de pecado que conmueva profundamente.

Seguidamente, se nos predica el escapar de la ira de Dios, con esta sacudida despertamos y reaccionamos, es decir, tomamos conciencia de que estamos perdidos y vamos a ir al infierno. Asustados, reaccionamos como la virgen María que, sobrecogida, empezó a hacer preguntas porque no entendía que iba a ser la madre de Jesús (y no la madre de Dios como muchos creen) y se estremeció: “*El ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.*” (Lucas 1:35). Por último, después de preguntar, de indagar, de asimilar, de comprender intelectualmente su misión, la virgen María dijo: “*He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra...*” (Lucas 1:38). Esa es la entrega y la sumisión genuina.

Todo tiene su tiempo y llega también el momento en que, la persona está despierta, rendida, dispuesta a obedecer. Entonces podemos sembrar la semilla como el apóstol Pedro: *“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”*. (Hechos 2:38). El arrepentimiento significa parar, dar la vuelta, tomar la dirección opuesta a la que llevábamos. Entonces queda expuesto el precio: tienes que dejar voluntariamente todo lo que posees y todos tus derechos. No ofenderte ni disponer de lo tuyo, debes abandonar el camino por donde estabas andando.

Pero si Cristo anda por un camino y nosotros vamos por otro ¿cómo podemos pensar que coincidiremos en el mismo sitio? El Señor dice: *“Para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino”*. (Juan 14:3.4). ¿Pero a dónde vas Señor?: *“Voy a Getsemaní y después al Calvario”*. *“Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él...”*. (2ª Timoteo 2:11). Sin cruz no hay corona. Ser cristiano de verdad conlleva un precio a pagar, vas contra corriente y no todo el mundo te va a entender ni a elogiar. En 1ª de Pedro leemos: *“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia”*. (1ª Pedro 1:14)

Un rebelde no puede formar parte del gobierno de Dios si no deja sus armas. Si quieres entrar en el Reino de Dios, donde reina Cristo, donde Cristo es Señor de señores y donde Dios es el Todo, tiene que destruirlas. ¿Cuáles son esas armas? Excusas para pecar, refugios de mentiras y engaños que nos hemos construido y tenemos que desenmascar. Hay muchas formas de esconderse y de rehuir. Por eso Dios dice: *“¿Dónde estas tú? (Génesis 3:9)*

Cuando nos perdemos conduciendo nos cuesta tanto dar la vuelta que preferimos seguir hacia delante, esperando encontrar otra vía que enlace con la carretera, antes de parar y preguntar ¿dónde estoy? Pero si no es el camino de santidad que Cristo ha trazado, da media vuelta, arroja tus armas y sométete a la soberanía de Cristo. Ser santo significa apartado de la contaminación, separado y entregado a Dios que nos dice: *“Yo pongo las condiciones y no tú, despójate de todo, deja tus argumentos”*.

Hay que tener mucho cuidado en los momentos en que estamos receptivos y abiertos, queriendo buscar respuestas, porque son muchas las moscas que quieren depositar sus huevos en nuestro corazón. Son las moscas que se nutren de las sectas, filosofías, ideas equivocadas, como el movimiento de la “Nueva Era”. Cuando Dios habla, nos quebranta, nos conmueve, nos llama y ese

es el instante en que hay que acercarse a Él. No cuando a ti se te antoja, pues el Espíritu Santo de Dios no estará siempre hablando a los hombres. La Biblia nos dice: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.”* (Hebreos 3:7.8). En el momento que penetra la semilla hay que asirla para no ser oídos olvidadizos, sino diligentes en practicar la Palabra de Dios. No engañándonos a nosotros mismos, sino con la actitud de la virgen María que: *“Guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.* (Lucas 2:19)

Mucha gente pasa al llamado para recibir a Cristo creyendo que ya está todo correcto si son movidos por las emociones, los escalofríos o el llanto. Sin embargo cuando viene el diablo, con las dudas comienzan a fluctuar porque los sentimientos ya no son los mismos y les roba todo lo que habían oído. Pero la cuestión no es sentir o no sentir, sino saber en quién hemos creído. Nosotros creemos en hechos históricos, creemos en la verdad, que Cristo vive, que está resucitado. Cuando uno recibe el evangelio, la Palabra de Cristo mora en el corazón que es el centro de la voluntad y de las emociones. Si la Palabra de Dios no ha cambiado tu conducta o tu forma de actuar, no has recibido a Cristo. ¿Cómo sabemos si Cristo está en nuestro corazón?

*“...sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”* (Romanos 8:15.16)

Una noche meditando y contemplando las estrellas tan perfectas dije: “¿Señor porque tu creación es tan perfecta y el hombre tan imperfecto?” y aun sin esperar contestación, Dios me respondió: “Lo que he puesto dentro de él es perfecto.” La vida de la semilla es el espíritu de Cristo. La verdad se hace carne y el Verbo viene a ser parte de tu vida. Entonces, cuando tú comes de la Palabra de Dios y bebes del Espíritu de Cristo, tu vida cambia. Eres una nueva creación y vives en novedad de vida. *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”* (2ª Corintios 5:17) *“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu...”* (1ª Pedro 1:22)

¿Qué es el nuevo nacimiento? Es la inmersión del Espíritu de Cristo en el espíritu humano, formando así una unión entre Cristo y la persona, creando una personalidad individual distinta. Miembros todos del Cuerpo de Cristo, todos diferentes pero con la vida de Dios fluyendo en nosotros. Conocemos el calor de Cristo, del Padre y los brazos del Espíritu Santo.

Es recibir a Cristo como Señor y amo absoluto.

## **ORACIÓN**

Eterno Padre queremos rendirnos a tus pies como la virgen María y decir:

“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu Palabra”.

Entrego mi cuerpo para que Tú plantes tu semilla en mi corazón.

Espíritu Santo hazme sombra, ven sobre mí y deposita el Espíritu de Cristo.

Quiero seguir tus caminos, andar en tus pisadas.

Que tu Palabra viva more dentro de mí y andar en este mundo como anduviste Tú.

Señor te recibo en esta hora, como el Señor de mi vida.

Renuncio al derecho de hacer lo que me da la gana.

Señor quiero caminar en el Camino de Santidad. Obedecerte.

Ayúdame en mi flaqueza y en mis debilidades.

Quiero seguirte con todo mi corazón. Confirma tu Palabra en mí.

Soy tuyo Señor. Dame tu Espíritu Santo. Gracias Padre. Amén.